

GRAN FANTASY

FANTASIAS

Los mejores relatos de la narrativa fantástica actual

Stephen King y otros

Selección de Terry Carr



13 grandes relatos de 13 grandes cultivadores del género fantástico.

Reunidos en un volumen antológico, una impecable selección de relatos debidos a los mejores autores contemporáneos, que recoge las tendencias más innovadoras de la fantasía actual.

Stephen King, el más popular de los escritores de terror del momento, con una espectacular novela corta de «pistola y brujería».

Stephen R. Donaldson, creador de la famosa serie *Thomas Covenant*, reafirma su talento para el nuevo género de la épica fantástica.

Robert Silverberg, acaparador de una larga lista de premios Hugo, Nebula y Locus, especula con las implacables leyes del tiempo y el espacio.

John Brunner, ganador de los más prestigiosos galardones internacionales, en una visión innovadora de la fantasía heroica.

Pat Murphy, la joven figura más arrolladora de entre las surgidas en los últimos años, con varios premios en su haber, afronta el eterno dilema del retorno al pasado.

Estos autores, y también Robert Aickman, Greg Bear, Edward Bryant, Thomas M. Disch, R. A. Lafferty, Mary C. Pangborn, Jessica Amanda Salmonson y Tony Sarowitz, nos ofrecen sus aportaciones a los mejores relatos de la fantasía contemporánea.

Nota a la edición española

El contenido de la presente recopilación de relatos procede de los volúmenes de la serie *Fantasy Annual* correspondientes a los años 1979 a 1982. En ellas, Terry Carr presenta al lector una selección de los mejores relatos aparecidos durante el año que pueden englobarse bajo la denominación «fantasy». Dado que el término anglosajón anterior abarca de un modo genérico obras de contenido muy diverso, en su edición en castellano se ha optado por agruparlas en dos grupos temáticos más o menos diferenciados: por un lado, las incluidas en este volumen, que corresponden al sentido más tradicional de la fantasía, y por otro, aquellas volcadas a temas más terroríficos, recogidas en el libro *Horror 5* de Ediciones Martínez Roca. Por supuesto, la línea divisoria ha sido en muchos casos totalmente arbitraria, y al margen de los temas específicos de cada relato, el lector puede confiar en el buen criterio de Terry Carr como seleccionador (Carr fue uno de los mejores antólogos de entre todos los que han trabajado en estos géneros) para encontrar en el compañero de este volumen un nivel de calidad igualmente alto.

Introducción

Hay mucha gente que considera la ciencia ficción y la fantasía como dos géneros casi idénticos, pero vale la pena tener en cuenta algunas de las importantes diferencias que hay entre ellos. No me propongo plantear aquí las delimitaciones exactas: obviamente hay relatos que incluyen elementos de ambos géneros y con ello demuestran que no existe una línea divisoria perfectamente clara. Sin embargo, la mayor parte de los relatos ocupan posiciones considerablemente alejadas de la zona media de ese espectro: resultaría difícil clasificar *El señor de los anillos* o *A Fine and Private Place*^[1] como ciencia ficción, por ejemplo, y desde luego *Cita con Rama* no es una novela de fantasía.

Generalmente, puede decirse que cuando un relato intenta justificar seriamente sus hechos «imposibles» mediante el razonamiento científico es ciencia ficción, o al menos intenta serlo; en los relatos que presentan sus maravillas como inexplicables se está en presencia de la fantasía. Pero hay diferencias mucho más importantes que las limitadas a la definición.

Una de ellas consiste en que la mayor parte de los relatos tienen lugar en ambientes que pueden ser reconocidos fácilmente como nuestro mundo «real» del presente u otros escenarios de la historia; y los seres o acontecimientos fantásticos que se entrometen en tales mundos corrientes resultan asombrosos mediante el contraste y la sorpresa. En tales casos, la fuerza del relato proviene en su mayor parte de la habilidad que posean los escritores para evocar un te-

lón de fondo que resulte creíble e, incluso, cotidianamente prosaico.

Las técnicas literarias que se utilizan en tales relatos son las mismas que se emplean en la narrativa general: mencionar detalles familiares del mundo físico y las acciones normales de las personas que encontramos cada día. Este arte ha llegado a grandes extremos de refinamiento en la literatura general y es posible llegar a introducir en el relato detalles muy convincentes, empleando para ello muy pocas palabras porque los escritores esperan que sus lectores sepan reconocer los nombres de ciertas marcas, por ejemplo, o los significados de costumbres sociales con las cuales han convivido durante toda su existencia.

Los escritores de ciencia ficción se encuentran en desventaja al respecto porque deben extrapolar artefactos y costumbres de sus mundos futuros y explicarlos tan brevemente como les sea posible, para no ver así frenadas sus historias por exégesis muy poco dramáticas.

Por lo tanto, escribir fantasía podría considerarse más sencillo... pero no lo es. Para que los lectores acepten los aspectos increíbles de sus relatos, los escritores de fantasía deben producir un tipo de escritura «super-realista» que consiga mantener el nivel de incredulidad en dichos lectores. Esto es difícil y para conseguirlo hace falta imaginación, arte y una técnica muy depurada.

Así pues, estoy convencido de que el nivel general de la escritura en la fantasía es más alto que en la ciencia ficción, por un lado, y que en la literatura general, por otro. Entre las técnicas necesarias para escribir fantasía deben combinarse las demandas de esos dos tipos de literatura... y, detalle muy interesante, los escritores de fantasía proceden de ambos campos.

Larry Niven es un excelente escritor de ciencia ficción que también ha logrado gran cantidad de fantasías soberbias. Henry James era un excelente escritor «realista» y su *Otra vuelta de tuerca* es un clásico de la fantasía. Las no

muy abundantes historias fantásticas de Robert A. Heinlein se cuentan entre lo mejor de su obra; al igual que las fantasías de C. S. Lewis.

En todo ello actúa otro factor: la ciencia ficción, al menos en este país, estaba encerrada en el gueto de hace cincuenta años de las revistas especializadas, que eran su canal de difusión más ventajoso económicamente hablando. Como resultado de ello el género acabó creando una serie de escritores especializados y unas convenciones «cerradas», como el viaje hiperlumínico, los imperios galácticos, los viajes por el tiempo y los mundos alternativos..., cosas para las que muy pronto no hizo falta explicaciones dentro de la devota hermandad de lectores de tales revistas.

Pese al breve éxito obtenido por varias revistas de fantasía, ésta nunca llegó a seguir tal camino como género. Siempre existieron gran número de novelas y relatos escritos por autores que, o no estaban familiarizados con el género como tal, o no sentían mayor preocupación por éste; figuras como James Branch Campbell, John Collier, Thorne Smith, Robert Nathan, Shirley Jackson, Jorge Luis Borges y Peter S. Beagle. Cuando esos escritores lograron llamar la atención de los aficionados al género, algunos de sus relatos acabaron siendo solicitados y publicados en las revistas de fantasía, pero ni ellos ni otros escritores en una situación similar habían empezado como autores de género: Se consideraban, sencillamente, escritores de literatura general.

El gran público, los lectores que nunca habían oído hablar de revistas especializadas en fantasía, les aceptó como tales. Numerosos libros suyos llegaron a ser éxitos de ventas y con ello se hicieron «respetables», ante la comunidad editorial y, gracias a esto, otros muchos escritores que habrían temblado de miedo ante la idea de ofrecer sus obras a *Thrilling Wonder Stories* o *Unknown Worlds*, pudieron seguir produciendo alegremente fantasía año tras año.

Por este motivo la reserva genética de la fantasía ha sido siempre mayor que la de la ciencia ficción. Inevitable-

mente, las ideas, las técnicas y los argumentos de la fantasía han tenido una amplitud de miras mucho mayor.

Nada de lo anterior pretende sugerir que la fantasía sea «mejor» que la ciencia ficción: con ello, una vez más, no se haría sino comparar las manzanas con las naranjas. Pero la fantasía tiene por ofrecer cosas que la ciencia ficción media raramente puede igualar, y en esta recopilación de los mejores relatos fantásticos se pueden encontrar un gran número de ellas.

En los relatos que presentamos se puede hallar un gran nivel literario. Además, algunos fueron publicados originalmente en revistas y libros que no resultarán familiares a la mayor parte de aficionados a la fantasía. Aquí están todas las aventuras, miedos y maravillas que eran de esperar..., más unas cuantas cosas totalmente inesperadas.

TERRY CARR

Correo para el cartero

ROBERT AICKMAN

Éste es un relato muy extraño y muy corriente; es probable que no les asuste. Tiene lugar en un pueblecito inglés que difícilmente podría ser más apacible; su protagonista es un joven que aceptó el poco excitante trabajo de cartero. Pero hay una mujer hermosa, rodeada de misterio y, aparentemente, en apuros. Y hay misterios dentro de misterios...

El escritor británico Robert Aickman está reconocido como uno de los mejores escritores actuales de historias extrañas. Entre sus más recientes antologías se cuentan Cold Hand in Mine, Painted Devils e Intrusions.

La situación de su hogar había dejado a Robin Breeze totalmente libre para elegir lo que deseara hacer con su vida.

Su padre, el médico, jamás fue particularmente afortunado en su vocación y desde el principio se cuidó muy mucho de influir en Robin para que se le ocurriera la idea de seguir sus pasos. A decir verdad, siempre se refería a la medicina en términos poco respetuosos, por mucho que, tal y como daba por sentado Robin, se mostrara notablemente diestro en aquellos casos que se tomaba en serio. La principal queja conocida y nada original del doctor Breeze era la de que actualmente muy poco le quedaba por hacer al médico aislado y, si a eso se iba, incluso al paciente aislado. La madre de Robin fue una visitante veraniega a la que el solitario y joven médico logró llevar dificultosamente al flirteo. Había pocos visitantes veraniegos en Brusingham, que se encontraba a unos diez kilómetros de la costa. En ese tiempo, el padre de Robin era el médico más joven del lugar. Ahora, cada vez más y más pacientes suyos iban a ser atendidos lejos de allí.

Pese a todo, había logrado encontrar el dinero necesario para mandar a Robin y a su hermana mayor, Nelly, a escuelas privadas del condado, donde se practicaba la segregación de sexos. Poco se les había ofrecido como «guía vocacional». Las opciones seguían totalmente abiertas ante ellos. Nelly no tardó en hallar su sitio ayudando a su madre,

dado que los problemas de gobernar la casa crecían año tras año. Nelly podía ver por sí misma que era inestimable, quizá incluso indispensable; y su madre era lo bastante generosa e inteligente como para confirmárselo día a día. De no ser por Nelly, probablemente el sistema de vida familiar se habría derrumbado en un momento. Por lo tanto, Nelly no tenía demasiado interés en pasarse todo el día escribiendo a máquina en una congestionada oficina de las Midlands, o de pasar su vida cauterizando animales de granja como ayudante de un joven veterinario aficionado a la bebida; por nombrar sólo dos de las opciones que se le ofrecían. Robin no estaba tan decidido. Un día vio un anuncio en el semanario local, una publicación que corría el peligro constante de cerrar definitivamente o ser conquistado por un sindicato nacional y neutralizado, y que el médico recibía por razones profesionales.

El anuncio informaba que Lastingham necesitaba un cartero provisional. Se trataba de algo ligeramente superior a un cartero temporal. No se especificaba con claridad en qué consistía el ofrecimiento, sin duda para economizar en cuanto al número de palabras; pero Robin adivinó que podía tratarse de algo ligeramente especial y fuera de lo corriente.

Lastingham era la comunidad costera y a duras penas si se la podía calificar de pueblo debido a la erosión de los acantilados. Hasta la iglesia había desaparecido, con excepción de su extremo oeste. El doctor Breeze hablaba algunas veces de ataúdes y huesos que emergían del acantilado mientras la iglesia iba derrumbándose, pero Robin y Nelly jamás habían visto ninguno aunque habían ido allí a menudo con sus bicicletas para echar un vistazo. Los habitantes se habían ido mezclando con los de Hobstone y Mall. En los últimos tiempos, las casitas de pescadores y las pequeñas tiendas de Lastingham fueron reemplazadas por casas veraniegas y cabañas baratas para jubilados, repartidas al azar por el paisaje desafiando todo sentido de per-

manencia con su precariedad. Sin embargo, la única gasolinera que se intentó poner en marcha fracasó casi de inmediato, quizá por falta de capital. Seguía existiendo un puesto para vender helados, frituras y dulces, aunque normalmente estaba cerrado y con el candado puesto. Robin y todo el mundo sabían que, por fin, la oficina de correos había sido declarada como peligrosa; así que todo el correo se gestionaba desde lo que antes era la estación de salvamento.

Robin dejó el semanario local sobre una caja de vidrio que contenía los especímenes de su padre, montó en su bicicleta y se marchó sin decirle ni una palabra a nadie.

Como han llegado a descubrir muchos de los que han ejercido ese trabajo, la ronda postal era mucho más interesante de lo que podrían suponer los no iniciados. La amenaza que pesaba sobre Robin, y que convertía su ocupación laboral en algo permanentemente provisional, consistía en que los avances tecnológicos podían hacer que en cualquier instante la entrega se efectuara mediante una impersonal camioneta desde Corby, Nuneaton o algún otro lugar todavía más remoto. Que el reparto se efectuara desde tales sitios alteraría todas las direcciones postales volviéndolas absolutamente engañosas. Que Robin tuviera su propia bicicleta podía servir de algo, aunque quizá fuera esperar demasiado. Al llegar Robin, se le dijo que un cartero jubilado iría con él para enseñarle los lugares. A Robin no le quedaba más remedio que llevar su bicicleta de la mano, dado que el anciano ya estaba más allá de la edad en que le fuera posible montar en cualquier cosa. El cartero jubilado también resultó ser un pescador jubilado, y siempre estaba hablando del mar y del mercado del pueblo, que llevaba ya largo tiempo cerrado.

Se encontraban en una región de caminos sin cuidar, límites vecinales nada definidos y azarosas estructuras que

se unían en ángulos nada coordinados.

Robin señaló una casita que se encontraba bastante lejos, justo donde el terreno empezaba a ceder. El camino que llevaba hasta ella sólo había sido cuidado en el tiempo de su creación; indudablemente, en el período de las granjas dedicadas a criar gallinas posterior a la primera guerra mundial.

—¿Qué hay de ésta, señor Burnsall?

—Ahí no hay correo —dijo el viejo cartero y pescador.

Se estaba frotando la rodilla izquierda con su mano derecha. Tenía que inclinarse mucho para conseguirlo.

—¿Quiere decir que la casa está vacía?

—No está vacía, pero no hay correo.

—¿Quién vive ahí exactamente?

—Ahí vive la señorita Fearon. Dicen que es bastante bonita. Linda como un pájaro. Pero no recibe correo.

—¿La ha visto alguna vez, señor Burnsall?

—No puedo decir que la haya visto, Robin.

—¿Cómo sabe la gente que existe?

—¡Echa una buena mirada! —dijo el viejo cartero con paciencia, aunque no se encontraba en una posición adecuada para señalar.

Robin, tal y como se le había enseñado, examinó el lugar con mayor atención que antes. De la distante chimenea de la casa se alzaba un hilo de humo. Robin pensó que no lo habría visto de no haber estado el día tan claro y porque no soplaba el viento.

—A la señorita Fearon le gusta estar caliente. Siempre es igual, tanto en invierno como en verano.

—Las mujeres son así —dijo Robin, sonriendo.

—Algunas mujeres, Robin —respondió el viejo cartero, que se había puesto derecho por fin.

—Espero poder echarle un vistazo a la señorita Fearon. Quizá podría visitarla con una Caja de Navidad cuando llegue el momento adecuado.

—No hacemos eso con gente como la señorita Fearon. No reciben correo, así que no están obligados a nada.

—¿Tiene nombre la casa? —preguntó Robin.

—No lo tiene —replicó el viejo cartero—. ¿Por qué debería tenerlo?

—Para entregar el carbón —sugirió Robin, que todavía no se tomaba el asunto demasiado en serio.

—Si es que lo quema... Quizá sale de noche y coge un poco de turba.

—No sabía que hubiera turba aquí —dijo Robin, aunque había pasado toda su vida a unos diez kilómetros de distancia solamente.

Pero el viejo cartero ya había conversado demasiado esta mañana y se encontraba a unos cuantos metros de él, volviendo a su hogar, mientras Robin seguía mirando. Si Robin deseaba realmente echarle una mirada a la hermosa señorita Fearon, al menos el anciano le había insinuado una posible hora para ello. Mientras seguía la corpulenta silueta del anciano, casi le pareció sentir una oleada de virilidad en su interior que se agitaba. Podía ser una sensación bastante difícil de dominar, y en ello estaban de acuerdo todos los educadores.

Particularmente difícil resultaba la decisión de si el proyecto nocturno valía la pena de verdad. Dos solitarios trayectos de diez kilómetros en su bicicleta por entre la niebla; una larga y fría espera; lo obviamente poco digno de confianza que era el relato del anciano (que éste, además, había definido claramente como una serie de suposiciones) y, por encima de todo, lo extremadamente improbable que era acertar con la noche o noches adecuadas. Hasta el momento presente Robin ni tan siquiera le había planteado a su padre la inevitable escena de la llave.

En cierto modo, resultaría mucho más inteligente, al menos como punto de partida, acercarse a la casita a plena luz del día; pero a Robin le frenaba la prominencia oficial de su cargo. Era casi seguro que habría murmuraciones si

se daban cuenta de que el cartero se encontraba en esas horas tan perceptiblemente lejos de su ronda de reparto. La gente podía quejarse con bastante justicia de que con ello se había retrasado frívolamente la entrega de sus cartas y paquetes; y eso podía ser sólo el comienzo. En segundo lugar, Robin no deseaba que la ocupante de la casa sospechara que sus únicas intenciones eran espiar y fisgonear. En tercer lugar, si es que Robin pensaba ser honesto consigo mismo, lo cierto es que no sentía ni la más mínima inclinación a que de pronto le saltaran encima. ¿Qué defensa podía oponer a ello? ¿Qué excusa?

Los problemas, si su destino es éste, a menudo se resuelven por sí mismos con más efectividad de lo que nos es posible a nosotros. Después de que Robin llevara en su trabajo sólo siete semanas y media, apareció un paquete dirigido sencillamente a la «señorita Rosetta Fearon». Era un cuestionario de las autoridades del censo y todo el mundo acabaría recibiendo uno más pronto o más tarde. El anciano, que había acompañado por doquier a Robin durante toda su primera semana, veía de este modo que acertaba en tres asuntos muy importantes: el nombre, el sexo y, al parecer, el estado civil. Por lo tanto, había razones para suponer que probablemente también acertara en el cuarto y más importante de los puntos. Robin sintió hervir en su interior una nueva oleada de confianza. Por otro lado, ese mismo nombre, «Rosetta», sugería la imagen de una persona mayor. El doctor Breeze había llevado una vez a sus hijos para que vieran la Piedra Rosetta, clave de tantos asuntos. Estaba bastante cerca del Colegio Real de Cirujanos, en Lincoln's Inn Fields, que había sido el objetivo primario de la excursión. Al mismo tiempo, habían visto el busto esculpido de Julio César, que había sido trasladado hacía ya tiempo.

—Nunca recibe nada —le confirmó la joven señora Truslove, que se encargaba de dirigir a media jornada la oficina temporal de correos.

Lo cierto era que en el papel oficial no había otra dirección más precisa que «Lastingham». El anciano también parecía haber acertado en cuanto a que la casa carecía de nombre. Pero las autoridades del censo sabían que el departamento de investigación de la oficina de correos era digno de confianza. Todo el mundo lo sabe.

Cuando llegó al lugar, Robin vio de inmediato que el nombre de la casa, sencillamente, se había desprendido. Era muy posible que las letras todavía pudieran encontrarse entre la abundante hierba. Todas las ventanas que Robin podía ver, tanto en la planta como en el piso de arriba, tenían las cortinas corridas. Vaciló antes de internarse por entre la maleza hasta la parte trasera de la casa, allí donde el salón daba al mar. El familiar hilo de humo que brotaba de la familiar chimenea se recortaba con un débil color verde o verde amarillento contra el azul del cielo y no tardaba en perderse. Robin se dio cuenta de que ese humo mal podía ser el del carbón, seguro y digno de confianza. No sabía de qué color era el humo de la turba. Aparte de eso, no había ni la menor señal de que la pequeña propiedad estuviera habitada. Robin había dejado cuidadosamente apoyada su bicicleta en el seto medio abandonado antes de dar un firme empujón a la puerta. Ahora tenía el paquete entre las manos.

El buzón no se encontraba junto a la puerta sino al lado de la entrada principal. Tenía forma de caja y parecía tener bastante capacidad: estaba construido dentro de los ladrillos y sólo podría ser quitado en bloque con una palanqueta. La tapa era anormalmente ancha. En todas partes los carteros suelen sufrir por la pequeñez de dichos orificios, e igualmente sufre la correspondencia que manejan.

Dado que se trataba de una ocasión casi solemne, comparable quizá con el intervenir de testigo en un testamento, Robin apartó la tapa con su mano izquierda, pensando in-